



mi  
vida

en tres  
capítulos

por Pedro Vargas

Llegó el día del regreso a mi patria, y al bajar del tren en la estación de Colonia, de México, me encontré con la familia de Miguel. Surgieron las presentaciones, y entonces comprendí que su hermana de mis silenciosas predilecciones me gustaba más aún que en la foto. Nos despedimos rápidamente ya que me esperaban amigos donde yo vivía en la casa de un gran especialista en enfermedades de la garganta: el doctor Luis de los Cobos, a quien conocí por estos amigos y por Mario Talavera, amigo éste a quien debo las más grandes satisfacciones experimentadas en los comienzos de mi carrera. Al llegar a casa noté que me faltaba una maleta que contenía novedades musicales, entre éstas la de la película de Al Jolson Sunny Boy. Esto ocurría como a las once de la mañana. Se me ocurrió entonces ir donde Miguel a preguntarle si no había visto la maleta. Cuando llegué a su casa no estaba.

Me salieron a recibir sus hermanas y me dijeron que el porter del pullman había preguntado de quién era aquella maleta. Antes de encaminarme a las oficinas del pullman les prometí a las hermanas de mi amigo regresar a informarles si había aparecido la maleta. Entonces, en aquel instante, las miradas de María Teresa y la mía se encontraron, y comprendí que nos gustábamos.

Regrese de inmediato a decirles que había encontrado la maleta, y ya desde entonces comencé a visitar a diario la casa de Miguel. En realidad me daba pena con mi gran amigo, pero él, comprensivo, continuaba tratándome con el mismo aprecio de siempre, al igual que toda la familia, a quien tuve la suerte de caerle bien, desde el primer momento. Pasaron aquellos días y entonces, en un supremo esfuerzo, le declaré mi amor a Teresa, como la llaman en su casa, quién ni por un instante vaciló en aceptarme. La familia, como es de suponer, mostróse sumamente complacida, comenzando así nuestro noviazgo. Naturalmente teníamos nuestros pequeños disgustos, pero el inmenso amor que nos profesábamos era más fuerte que todo, y nuestro romance proseguía. María Teresa, siendo mi novia, jugó un papel importantísimo en aquella nueva época de mi vida.

Estando de novios tuve que salir en jira por el interior de México en compañía de los compositores Alfonso Esparza Oteo, autor de "Un viejo

de mis silenciosas predilecciones me gustaba más aún que en la foto. Nos despedimos rápidamente ya que me esperaban amigos donde yo vivía en la casa de un gran especialista en enfermedades de la garganta: el doctor Luis de los Cobos, a quien conocí por estos amigos y por Mario Talavera, amigo éste a quien debo las más grandes satisfacciones experimentadas en los comienzos de mi carrera. Al llegar a casa noté que me faltaba una maleta que contenía novedades musicales, entre éstas la de la película de Al Jolsos Sunny Boy. Esto ocurría como a las once de la mañana. Se me ocurrió entonces ir donde Miguel a preguntarle si no había visto la maleta. Cuando llegué a su casa no estaba.

Me salieron a recibir sus hermanas y me dijeron que el portér del pullman había preguntado de quién era aquella maleta. Antes de encaminarme a las oficinas del pullman les prometí a las hermanas de mi amigo regresar a informarles si había aparecido la maleta. Entonces, en aquel instante, las miradas de María Teresa y la mía se encontraron, y comprendí que nos gustábamos.

Regresé de inmediato a decirles que había encontrado la maleta, y ya desde entonces comencé a visitar a diario la casa de Miguel. En realidad me daba pena con mi gran amigo, pero él, comprensivo, continuaba tratándome con el mismo aprecio de siempre, al igual que toda la familia, a quien tuve la suerte de caerle bien, desde el primer momento. Pasaron aquellos días y entonces, en un supremo esfuerzo, le declaré mi amor a Teresa, como la llaman en su casa, quién ni por un instante vaciló en aceptarme. La familia, como es de suponer, mostróse sumamente complacida, comenzando así nuestro noviazgo. Naturalmente teníamos nuestros pequeños disgustos, pero el inmenso amor que nos profesábamos era más fuerte que todo, y nuestro romance proseguía. María Teresa, siendo mi novia, jugó un papel importantísimo en aquella nueva época de mi vida.

Estando de novios tuve que salir en jira por el interior de México en compañía de los compositores Alfonso Esparza Oteo, autor de "Un viejo amor"; Tata Nachó, autor de "Nunca, nunca, nunca", canción de moda en aquellos momentos; Miguel Lerdo de Tejada, ya consagrado por su gran inspiración, y Mario Calatrava ya célebre por sus canciones populares "Gracia plena" y "Muchachita mía".

La jira se realizó con todo éxito. Los cuatro grandes compositores me escogieron como único intérprete de sus producciones. Salía en los espectáculos para cantar, primero las canciones de cada uno de ellos, y luego estos cerraban intrepertándose y acompañándose ellos mismos. El éxito artístico y económico fué rotundo y extraordinario. Las entradas de los teatros constituían un verdadero escándalo. Después de cada función ellos se repartían las ganancias por partes iguales y a mi me daban treinta pesos diarios entre los cuatro. Regresamos a la capital. Ya me sentía más seguro de mi mismo pues tenía práctica, el público me había aplaudido mucho, y la jira me había dado mucho prestigio entre los compositores de mi país. Mi vida seguía transcurriendo un poco bohemia, pues no me preocupaba mucho de las cosas por cuanto ganaba dinero y tenía casa y comida. La mayor parte del tiempo se lo dedicaba a mi novia. Como antes dije, Teresa tuvo una influencia definitiva en mi vida; ella trabajaba en una oficina que representaba películas de la R. K. O. Esta empresa decidió dar a conocer al público mexicano a la famosa An Harding, y al efecto se organizó un concurso

(Continúa en la página siguiente)

para el mejor vals entre los compositores que sería cantado por los intérpretes más destacados. A mi novia le encomendaron la tarea de invitar a todos y hablarles del proyecto. El concurso finalizaría en un teatro que luego resultó ser el Colón. Allí el público mismo decidiría cual había sido a su juicio la mejor composición. Al triunfador se le pondría el nombre de An Harding, y el compositor recibiría un contrato para radio y para el teatro donde se iba a exhibir la primera película de esta artista. Mi novia tuvo gran suerte en la formación de este concurso, ya que aceptaron las principales figuras del momento. Los invitados fueron: Agustín Lara, en ese instante la figura más resaltante como compositor y quién acababa de lanzar sus composiciones "Imposible" y "Mujer rosa"; Alfonso Esparza Oteo, Jorge del Moral y un compositor especializado en escribir vales, ya conocido pero no tan popular como los anteriores nombrados: Carlos Espinoza de los Monteros. Los propios compositores habían escogido a sus intérpretes. Agustín Lara al más popular de todos: Ortiz Tirado; Esparza Oteo a Juan Arvizu y Jorge del Moral a Nestor Mesta Chairez. Solo faltaba el intérprete de Espinoza de los Monteros, y como no encontraba uno de los más conocidos Teresa influyó para que yo cantara el vals de Espinoza de los Monteros. Este, como yo no era conocido me aceptó con frialdad pues tenía la seguridad de no conseguir ni uno solo de los tres premios. Recuerdo bien que me dijo que estudiáramos la composición para que me lo supiera muy bien. Un poco descorazonados principiamos a estudiar el vals. Se hizo una gran publicidad para el concurso. Llegó por fin el ansiado día, por cierto, uno de los más felices de mi vida, ya que iba a actuar al lado de los compositores y artistas más famosos de mi patria.

Llegué al teatro Colón lleno de optimismo, pero jamás pensando en que Espinoza y yo lográramos un primero y segundo lugar. Antes de la representación y recibimiento los artistas nutridos aplausos del público, se sortearon los lugares para salir a actuar. Siempre el que logra el primer puesto no tiene la ventaja del que sale de último, ya que este impresiona mejor. En el sorteo no tuvimos suerte y nos tocó abrir el concurso. En segundo lugar quedó Alfonso Esparza Oteo con Juan Arvizu, y en tercer lugar Jorge del Moral y Mesta Chairez. Cerraba nada menos que Agustín Lara con Ortiz Tirado. Como pueden ver ustedes, queridos lectores, Espinoza de los Monteros y yo llevábamos todas las de perder. Llegó el instante y entramos al escenario del Colón con la nerviosidad propia del momento. Dimos comienzo al acto, y terminamos con estruendosa ovación que por momentos rayaba en el delirio, y que hasta hoy no he vuelto a recibir igual. Los aplausos parecían no terminar nunca, lo que me obligó a repetir el vals una y otra vez. En medio de la emoción que me embargaba me di cuenta de que sería difícil que se nos superara. El concurso terminó con el primer premio para nosotros y el segundo para Agustín Lara y Ortiz Tirado; el tercero para Jorge del Moral y Mesta Chairez y el cuarto para Esparza Otero y Juan Arvizu. A partir de aquel gran triunfo artístico mi vida se transformó totalmente: había logrado un nombre y un alto sitio entre los artistas de mi patria. Luego, Agustín Lara me invitó a ser su intérprete, y desde entonces mi vida de cantante marchó íntimamente unida a la de este gran artista mexicano, logrando así la total consagración de mi carrera.

Ahora amigos míos, solo me resta agradecer íntimamente a ustedes, la atención de leer estas cuartillas sobre mi vida, escritas a través de la prestigiosa revista "Elite".

En otra ocasión tendré el inmenso placer de relatarles mis viajes por América, por intermedio también de esta gran publicación venezolana.

De nuevo, queridos lectores, les testimonio mi agradecimiento.

*Pedro Vargas*